

El arte sucede

El reciente y exquisito libro de Solange Fernández Ordóñez sobre la obra del escritor argentino Jorge Luis Borges (*La mirada de Borges* de la malagueña editorial Alfama) brinda una buena oportunidad para meditar brevemente sobre el efecto del arte en cada uno de nosotros. En el prólogo se afirma que es acertado caracterizar al lector atento como un ser transfigurado por lo leído. Me atrevo a extender este bonito aforismo al mundo musical. La buena música, la palabra bien escrita y bien dicha no se las lleva el viento, no se destruyen, ni desaparecen difusa e irremediabilmente en ese éter mitológico que rodea y envuelve todo lo que no es material; la música y las palabras penetran en nuestra mente donde germinan lentamente haciéndonos sutilmente distintos, algo más de lo que éramos, antes de ese encuentro mágico y fecundo. Esta generosidad convierte al buen lector en un ser transformado por lo leído; al buen melómano en un ser transformado por lo escuchado.

Borges, el gran maestro de la metáfora, reitera a lo largo de su obra una característica fundamental que implica una visión única y personal del creador. Lo escrito, también lo compuesto musicalmente, existe de forma eterna desde el momento justo de su creación con independencia de que la obra sea conocida o recordada por unos u otros. Pero "el arte sucede" como dice el maestro argentino cuando, parafraseando a Emily Dickinson, indica que un momento estético muy personal e intransferible tiene lugar cuando la obra es leída o es escuchada porque, sin duda, lo leído y escuchado no es exactamente lo creado por el autor. Somos, de este modo sutil, cómplices de la creación artística; compañeros de viaje anónimos elegidos por los misteriosos y tortuosos caminos del azar. Puede que a veces sea cuestión de estar en el sitio preciso (una librería, una biblioteca, una sala de conciertos...) en el momento justo, puede que sea cuestión de esperar humildemente a que ocurra ese momento, puede que dependa de que alguien cercano o lejano a nosotros nos señale el punto hacia donde hay que dirigir la atención. Sólo nos queda la certeza de que cuando tiene lugar el encuentro sentimos, independientemente de las formas de expresión, el certero e inconfundible efecto de la esencia de lo creado: una indefinible y sutil sensación de que hay algo en nosotros que puede ser sin nosotros y que no podemos explicar cómo entró en nosotros. Una vez más, cuánta verdad hay en el verso de Keats: *lo bello es gozo para siempre*.

Antonio Heredia

La pose del opio

Una habitación que denota cierto abandono, un hombre sentado bajo una atmósfera pesada, un denso ambiente de tabaco que te impregna la ropa al entrar pueden sobrepasar iconográficamente aquella apócrifa cena de Bioy y Borges, o aquella socarrona emulación de Beltenebros. Sin jardines, sin laberintos, sin pozos y sin luna. Sin biblioteca, sin vigilia, sin tortura. También sin gorro, sin camiseta de rayas y sin corbata. Sólo opio. Largas horas de opio ante una realidad que no supone ningún estímulo.

En una búsqueda incansable de imposturas, en una estúpida catalogación de supercherías (para devolver una parte del universo ordenado a Dios, siguiendo a aquél) podemos memorar esos interminables tiempos en los que se narcotizaba como efecto de la ausencia de actividad cerebral. La imagen es tan eficaz que incluso podría resultar convincente. No se trata de una pose saturnina (la más exquisita, tal vez), pero seguro que no deja de ser una afectación, si bien de una pureza extraordinaria.

Más allá de esta imagen paradigmática es posible realizar una minuta de cotidianos fingimientos que irían desde el mentecato con chaqueta de cuero en agosto hasta la gran víctima de su propia representación, Johnny Walker Lynch. En este amplio canon tendrían cabida muchos otros, todos atrayentes: la anglomanía, el cuidado descuido, los múltiples y matizables engolamientos, decimonónicas gazmoñerías, los dolientes gravadosos, e incluso todavía algún latiniparlante. Todo depende de por dónde te muevas y con la velocidad que se dé ese movimiento. Parece que el sarampión romántico aún nos maldice con un trasnochado costumbrismo. A todos se nos ocurren muchos nombres, pero es más divertido invitar a la observación. De aquí pasaríamos a la reflexión de si es probable el arte sin pose, ejercicio intelectual que en parte hallamos en Nadia.

Ante esta fenomenología del artista posmoderno, en la que descubrimos que no es ni tan post ni tan moderno, nos queda imaginarnos si también hay representación en la intimidad. Es probable, aunque sea otra búsqueda distinta. De todas las que conocemos, ampliando la visión, no conviene olvidar la de Ana Ozores, llorando de rodillas sobre la alfombra de piel de tigre, la cabeza hundida en las sábanas de la cama y los brazos en cruz.

Frente a todos ellos, queda Holmes, en su habitación, bañado en opio, a quien no entretiene ya ni el deicidio.

Óscar Carrascosa